

EL PROBLEMA ARQUEOLÓGICO CHACO-SANTIAGUEÑO

INTRODUCCIÓN

La arqueología argentina padece, aún, de un problema neurálgico, de esos que han motivado apasionadas discusiones y que pueden prestarse a la polémica antojadiza y a la réplica vivaz. Felizmente, a partir de 1942, se va realizando la luz, en forma paulatina pero cierta.

Es verdad que ya no se jura siempre por los hermanos Wagner... al menos fuera de Santiago del Estero y que, en algunos medios cultos es posible encontrar quien sonría, con alguna idea del "humor", cuando se trata de confundir las hipótesis de los Wagner con las realidades de los hallazgos verificados por ellos. Pero aún hoy forman legión aquellos para quienes "arqueólogos" y "hermanos Wagner" suena lo mismo y que, sin embargo, serían incapaces de recordar otros nombres de cultores de estas disciplinas.

La fácil repercusión que tiene todo lo espectacular en los medios poco educados científicamente, el vivo carácter polémico de algunas de sus conferencias kilométricas, la forma y el carácter periodísticos de la argumentación resonante y hasta el nombre pomposo del supuesto "Imperio de las llanuras" cuya existencia postulan, ha conferido a los hermanos Wagner una reputación popular y semiculta que les confiere indiscutible notoriedad. Además su interpretación ha tenido el acierto

de tocar en lo vivo la vanidad local de una provincia pobre y, por lo mismo, sedienta de prestigio. La mejor prueba de la reacción psicológica colectiva, es el suntuoso volumen —posiblemente el mejor impreso de la bibliografía arqueológica argentina—, que el gobierno de la provincia ha costeado. Y que es lamentable que no sea bueno.

Pese a la uniforme opinión, expuesta desde todos los posibles ángulos de enfoque, por el grupo selecto de hombres de ciencia reunidos en 1942 para celebrar la Semana Argentina de Antropología, temo que los hermanos Wagner sigan siendo oráculo para quienes no se toman el trabajo de investigar en las fuentes y razonar por su cuenta.

Pero como no debemos desesperar de que la verdad humilde se abra alguna vez camino por sobre la altisonante construcción apriorística y literaria, y como hay que tratar de destruir la leyenda antes de que la inercia mental la consolide, trazo este panorama del problema como una guía para quien quiera conocer la verdad eludiendo al canto falaz de las sirenas...

EL TERRITORIO Y EL HOMBRE

ÁREA. — El área de difusión de esta cultura es, aún, poco conocida. Comprende, de una manera general, la actual provincia argentina de Santiago del Estero y quizá llegue a extenderse a alguna parte de las regiones chaqueñas limítrofes, acerca de las cuales sólo se conocen la veintena de pequeños trozos de cerámica tosca, con decoración incisa (características, ambas, que no coinciden con lo que sabemos de la alfarería, de mejor calidad, chaco-santiagueña), descritas por mí en 1942 y algún hallazgo aún más moderno señalado por la Sra. de Stern. Lo que sabemos, concretamente, sobre la cultura chaco-santiagueña es debido a las búsquedas arqueológicas verificadas en yacimientos adyacentes al río Dulce, en la Provincia de Santiago del Estero. A esto se reduce, en pureza, el famoso "Imperio de las llanuras" de la leyenda arqueológica...

GEOGRAFÍA. — Es ésta una cultura que ha crecido de acuerdo con las condiciones específicas de su medio ambiente, por cuya razón es indispensable conocer, previamente, dichas

condiciones. De ahí que, como en todo buen estudio de arqueología, un examen geográfico sea previo a toda otra consideración.

La Provincia de Santiago del Estero, que en la actualidad ha perdido casi todos sus bosques, poseía a la época de la conquista vastas extensiones de éstos, que permitían un clima más favorable, una temperatura más uniforme y fresca, y mayores recursos de vida al aborigen. Orográficamente, esta región no presenta accidentes dignos de mención: es uniformemente llana. Desde el punto de vista hidrográfico, todos sus ríos son endorreicos, con excepción del Salado, que es el único exorreico, y cuyas aguas alcanzan a desembocar en el Paraná.

El Salado corta oblicuamente, de norte-oeste a sur-este, dicha provincia, siendo acompañado, dentro de ella, por el río Dulce, cuyo curso, más o menos paralelo al primero, le sigue en importancia. Como todos los ríos de la región cordillerana y precordillerana, la casi totalidad de sus aguas provienen de la acumulación de las precipitaciones pluviales, que no son uniformes durante el año sino que se depositan, en su mayor parte, en corto tiempo. Esto provoca desbordes periódicos del río Dulce, por lo cual ambos ríos alóctonos, tienen un régimen torrencial, que ejercita una profunda influencia sobre el modo y los medios de vida de los autóctonos ubicados a sus márgenes.

Algunas anomalías hidrográficas son, también, dignas de señalarse: los salitrales y la Laguna de los Cisnes, los grandes bañados de Añatuya e Icaño, en el curso del río Salado, la vasta zona de bajos y anegadizos en la que termina por perderse el tramo terminal del río Dulce. Las salinas antes mencionadas, así como el Salar de Atamisky, los bajos de Figueroa y el complejo de bañados, salinas y pampas saladas, que se marcan a lo largo del curso del Salado, van desde Clodomira y La Cañada hasta los bañados de Pellegrini. Estas fajas deprimidas, que ambos ríos cruzan con rumbo oblicuo, determinan la formación de una amplia red de brazos divagantes, en tanto que las crecientes estivales, de que antes se habló, motivan la creación de cauces nuevos. Frenguelli ha estudiado, con precisión, la naturaleza geomorfológica de este suelo.

Para los hombres, sobre todo cuando actuaron como agregados humanos y no como formas aisladas, su área de dispersión estuvo condicionada por la obtención fácil, o al menos permanente, de agua potable. La escasez de ella, dentro del ámbito de esta región, determinó que las rutas obligatorias fueran las trazadas por los ríos antes mencionados y por su complejo sistema anexo. De ambos, el río Dulce, que como su nombre lo indica, posee un buen caudal de agua cristalina que nace en las vertientes orientales del sistema del Aconquija, fué el preferido; pero ello no significó el total abandono del Salado, cuya leve salobredad, grandes estiajes y frecuentes interrupciones, quedaban compensados por su gran extensión, que pasa de los dos mil kilómetros y por permitir la comunicación entre zonas importantes que van desde la remota Puna hasta el gran río Paraná, que sirve de colector a una cuenca enorme del interior de Sudamérica.

LOS PSEUDO "TÚMULOS". — Bordeando la margen izquierda del cauce principal del río Dulce, y con variantes relativamente leves de distancia, algunos millares de montículos, que no se elevan a más de un metro o dos de altura, forman una faja irregular casi continua. Su anchura frecuentemente es de cosa de un kilómetro, pero a veces se duplica o triplica, fácilmente. La forma que afectan estos montículos es irregularmente elíptica, con un eje mayor orientado en el rumbo de los cauces o zanjones próximos. El tamaño también es irregular, oscilando entre decenas a centenas de metros cuadrados. Frenquelli ha podido medir, en Merced de Tacana, unos que llegaban hasta 53 y 32 metros, respectivamente.

Son igualmente variables su composición y su estructura, pudiendo reducirse a tres tipos principales: a) arenosos; b) cenagosos; c) cenagoso-loésicos. Todos tienen en común dos elementos: la base, constituida por limo finísimo, algo micáceo, pardo claro a menudo matizado de gris, de textura compacta pero generalmente agrietado en terrones nuevamente soldados por materiales de filtración; y la cubierta, formada por el manto de suelo eólico, verdadero loess en formación, gris parduzco, fácilmente friable en polvo finísimo, cuya coherencia proviene de la presencia casi compacta de raíces finísimas de la vegetación.

En los montículos de tipo *a*) este suelo se adelgaza y, a veces, se mezcla con las arenas de la superficie; en los *b*) es más espeso y puro; en las depresiones está parcialmente transformado en limo; pero se presenta en todas partes, como un manto casi continuo de un espesor de 15 a 60 centímetros. Lo único que varía es el núcleo.

En los montículos de tipo *a*) está compuesto exclusivamente de arena de grano finísimo, desgastado por los vientos, con mezcla reducida de materiales loésicos. En los *b*) está constituido por limo poroso, gris verduzco abigarrado de pardo, a veces liviano y fofo, irregularmente estratificado en capas y capas sumamente delgadas (un mm. a dos cms.). En los *c*) se compone de dos partes principales: una inferior (loess pulverulento pardo-grisáceo claro); una superior (limo loesoide, pardo, claro, muy poroso y friable).

Estos tres tipos de montículos no se entremezclan; se separan en zonas diferentes. Pero, todos ellos son formaciones naturales, sin lugar a duda. De ninguna manera pueden ser interpretados como túmulos —como lo hacen los hermanos Wagner—, es decir, como formaciones artificiales construidas por los antiguos habitantes. Esta conclusión del examen geo-morfológico es de importancia extraordinaria, según luego se verá, para el análisis del problema arqueológico chaco-santiagoño.

ANTROPOLOGÍA FÍSICA. — Imbelloni ha estudiado 20 cráneos encontrados en diversos yacimientos. El conjunto permite establecer que se trata de cameprosopos (como los calchaquíes, propiamente dichos). En los varones el índice cefálico horizontal máximo es 108; el mínimo 86.3; en las mujeres, 104,4 y 92.5, respectivamente. Los promedios de conjunto dan: índice cefálico horizontal 92.1; índice cefálico vértico-transversal 96.8. La capacidad craneana da un promedio de 1.428 c. c. para los varones y de 1.255 c. c. para las mujeres. El promedio general, sin distinción de sexo, es de 1.341 c. c. Tales cifras tienden hacia las mínimas de la capacidad craneana encontrada en el hombre (como Ten Kate señaló en los cráneos calchaquí).

La talla, en la estatura cadavérica, sobre la base del fémur da 1.610 mm.; sobre la del húmero 1.577 mm. Ello establece,

como estatura del viviente: 1.590 mm. y 1.557 mm., respectivamente.

Es importante manifestar que la plástica intencional del cráneo se ha realizado teniendo un modelo uniforme: el tabular erecto. Sólo dos piezas de la serie no estaban afectadas sino levemente de deformación; en el resto la energía deformante había sido intensa. De los veinte cráneos, 18 presentaban una fuerte plagiocefalía bipolar o cruzada.

SÍNTESIS LINGÜÍSTICA Y ETNOGRÁFICA. — Según la famosa carta del Padre Barzana al Padre Sebastián, su provincial, del año 1524, las lenguas más corrientes eran la tonocoté y la sanavirona. La primera la hablaban los tonocoté y los lules, o al menos “muchos dellos”. La segunda los sanavirones e indamas, quienes se entendían con los misioneros católicos en quichua.

Estos datos lingüísticos permiten, también, una determinación etnográfica, en cuanto a las “naciones” que poblaban ese territorio. No hay duda de que algunos pueblos de sanavirones llegaron hasta el Salado. Los tonocotés, que parecen haber sido los más numerosos, servían en Nuestra Señora de Talavera y cerca de Concepción. A estos indígenas, sedentarios y agricultores, hay que agregar algunos grupos de diaguitas pacíficos, que hablaban el cacán, como todas las otras parcialidades diaguitas. Existían asimismo grupos de lules, nómades y guerreros, con fortalezas hechas de madera. Este rápido cuadro etnográfico se complementa con los chiriguanáes, también belicosos, que llegaron igualmente hasta el Salado.

VIDA MATERIAL

SUBSISTENCIAS. — La base de la alimentación parece haber sido doble: por una parte, agricultura y recolección, por la otra productos de la ganadería autóctona. La agricultura se verificaba en bañado y a temporal. Para ello se aprovechaban las crecientes de los ríos Dulce y Salado, particularmente del primero, que parece haber sido el más poblado. Los desbordes de este río, al franquear la barrera de los montículos que antes describimos quedaban retenidos por ella, produciendo una

franja amplia de marjales sobre los que se sembraba, tal como lo cuenta el Palentino.

Las plantas cultivadas eran, en orden decreciente, maíz, quinoa, fríjoles y zapallos. A ello se agregaban, como elementos subsidiarios, los procedentes de la recolección de vainas de algarroba, chañar, higos de tuna, pasacanas, raíces silvestres y miel. Esta dieta vegetal se robustecía con los productos de la ganadería: llamas y otras *auchenias*, avestruces (que era posible retener domésticos), pavas de monte, etc.

Las crónicas e informaciones no nos relatan los métodos seguidos para la caza; en cambio sabemos que pescaban con diferentes procedimientos: con redes, con pesquera, con arco y flecha en aguas bajas y, finalmente, a mano.

ARQUITECTURA. — Aunque las investigaciones arqueológicas no arrojen, actualmente, datos, las fuentes históricas nos informan de que existían pueblos, más o menos cercanos los unos a los otros, que tenían palizadas de defensa y en cuyo interior se encontraban chozas vegetales, grandes y redondas, así como corrales para el ganado y campos de tiro al blanco. La falta de ratificación arqueológica impide inquirir mayores detalles.

VESTIDOS Y ORNAMENTOS. — Señálase para esta región una diferencia sensible entre la vestimenta de los hombres y la de las mujeres. Los primeros usan faldellín de plumas de avestruz y collar del mismo material cubriendo el busto, en tanto que el manto puede ser de plumas o de lana tejida. El uso de este tipo de vestimenta denota una influencia amazónica, lo mismo que otros elementos que iremos señalando.

En efecto, no debe confundirse el manto de plumas, que pertenece al arte plumario andino (aunque quizás también llegue allí por préstamo cultural), con el faldellín y las plumas, que cubren el torso, tipo de traje frecuentemente usado por los tupí y otros pueblos amazónicos. Como complemento de los mantos, los hombres chaco-santiagueños usaban chaquiras de huesos de buitre, que formaban una especie de borde. En cambio, el traje de las mujeres consistía en una pampanilla o delantal arrollado a la cintura, cubriendo hasta las rodillas y una manta tapando el busto; a veces se usaba taparrabo y

chiripá. Collares, y algunos otros ornamentos, estaban también en uso.

TEJIDOS. — Lo que acaba de decirse del vestido permite sostener la existencia de tejidos de lana de *auchenias*. Desgraciadamente, carecemos de la contraprueba arqueológica directa: no se encuentran tejidos en el subsuelo, acaso por las condiciones de humedad de que ya se habló. Tampoco parecen haberse encontrado palos completos de telar. En cambio, son muy numerosos —y en muchos casos de real valor estético— los torteros. Los hay de diferentes tipos y tamaños, aunque la inmensa mayoría derivan del simple, en forma de disco o de cono truncado. Los materiales usados han sido la piedra, el hueso y la arcilla.

ALFARERÍA. — Los primeros hallazgos arqueológicos remontan a 1876, fecha en que Burmeister señaló el hallazgo de urnas funerarias y antigüedades indígenas en Santiago del Estero y Tucumán. Luego Ameghino, Moreno y Ambrosetti, en 1880, 1882 y 1901, se ocuparon rápidamente de la cuestión, así como Ten Kate. Pero puede decirse que es sólo a partir de los hallazgos e investigaciones de los hermanos Wagner que las excavaciones se hacen numerosas. En 1934 dichos autores concretaron numerosas conferencias anteriores en el primer tomo (único hasta ahora publicado) de una obra de conjunto. En 1938 Antonio Serrano manifestó en un volumen de sus disidencias de interpretación con las de los Wagner y en 1940 la Sociedad Argentina de Antropología, ha dedicado el segundo tomo de sus *Relaciones*, a estudiar críticamente el problema, desde todos los puntos de vista posibles.

Los elementos típicos de este material cerámico —sin duda el más rico de los diferentes elementos culturales hallados en la zona—, está constituido por grandes vasos, empleados a veces como urnas funerarias, pucos, “campanas”, torteros y estatuillas, amén de una infinita cantidad de fragmentos o “tiestos”, que se encuentran (como en los yacimientos diaguitas), tanto en la superficie como en el subsuelo inmediato a ella.

Las grandes urnas son de forma generalmente subglo-

bular. Pueden dividirse en dos grandes grupos: a) vasos toscos, de grano grueso, con poca decoración generalmente modelada en el cuello, aunque a veces llegue a ocupar también la zona ventral; b) vasos muy finos, en forma, factura y cocción, con profusa decoración pintada. Esta decoración puede dividirse, a su vez, en tres categorías: 1) en blanco y negro; 2) en rojo y negro; 3) policroma. Por su parte, los pucos corresponden, casi siempre, a esta última categoría.

Es particularmente interesante el estudio de sus elementos decorativos. La figura humana aparece siempre muy estilizada. Ya se la represente simplemente por la doble arcada superciliar (como en las urnas santamarianas de sus vecinos calchaquíes), ya se desarrolle en combinaciones más complicadas, se acompaña generalmente de figuras serpentiformes y ornitomorfos. La combinación de lo antropomorfo con las dos últimas representaciones zoomorfas, que anotamos, da lugar a una figura que los hermanos Wagner han denominado, impropriamente, "la deidad antro-po-ornito-ofídica". Esta decoración es típica de la cultura chaco-santiagoueña.

En cambio, son completamente iguales a las figuraciones de los vasos diaguitas algunas representaciones antropomorfas estilizadas en las que la doble arcada superciliar modelada se prolonga, por sus lados externos, hacia abajo, para formar o sugerir el óvalo del rostro. De la misma manera, son también comunes con los diaguitas la decoración de "manos" (que a veces pueden ser alas, estilizadas) el tipo de decoración de los pucos policromos, las huellas de "lágrimas", y las asas planas que muchos vasos presentan. En algún trabajo anterior he ofrecido la prueba de ello.

METALURGIA. — Aunque los hermanos Wagner no han señalado nunca la presencia de objetos de metal en los numerosos yacimientos estudiados, hallazgos verificados por otros han permitido establecer la presencia de objetos de cobre. Este dato es sumamente importante a los efectos de la determinación de la corta antigüedad de esta cultura.

OBJETOS DE HUESO. — Aparte de muchos torteros, ya mencionados, las colecciones chaco-santiagoueñas contienen una gran cantidad de hermosas puntas de flecha, algunas de ellas de bellas dimensiones.

TRABAJO EN PIEDRA. — Dada la importancia extraordinaria que, habitualmente, se le ha conferido a la cerámica, muy poco sabemos del material lítico. Sólo tenemos noticia de torteros —a veces artísticamente decorados—, de contadas hachas de piedra y de la existencia de morteros.

ARMAS. — El arma principal utilizada fué el arco y la flecha, no sólo para la guerra, sino para la caza y la pesca. Es curioso señalar que hay una fugaz aparición de flechas envenenadas, de las cuales tenemos noticias por el testimonio de Pedro González del Prado, de el Palentino y de H. M. de Miraval. Este testimonio no encuentra, más tarde, eco en ninguna otra fuente, como si los agregados humanos que lo hubiesen usado se hubieran extinguido. Dada la peligrosidad de tal arma, no puede suponerse un silencio de olvido. Es quizá posible inferir que se tratara de un préstamo cultural amazónico, de reciente incorporación en la zona chaco-santiagueña y, por ende, de poco arraigo. El padre Lizarraga agrega que los arcos que se usaban no eran grandes.

OBJETOS DE VIDRIO. — De la misma manera que el dato sobre la metalurgia, buscaríamos vanamente en la producción de los hermanos Wagner información sobre el hallazgo de perlas *agri*, es decir, de las también llamadas “cuentas venecianas”. Sin embargo, un coleccionista local, el doctor Argañaraz, ha recogido, en diversos yacimientos, una enorme cantidad de ellas. Tales hallazgos tienen (como la metalurgia misma) un enorme valor definidor: los indígenas que elaboraron las muestras de cultura material que acabamos de examinar son los mismos que vivieron en dichos lugares hasta y durante la época de la Conquista.

VIDA ESPIRITUAL

ORGANIZACIÓN SOCIAL. FAMILIA. — Nada podemos precisar respecto de la mayor parte de los elementos de la vida espiritual de estos pueblos. Las fuentes históricas se concretan a tratar, por lo general, sólo los aspectos materiales, de manera que únicamente algunas inferencias pueden llegar hasta nosotros. Innecesario es añadir que ningún elemento, ni oral ni escrito, nos autoriza a interpretar como “deidades” las figuraciones de los vasos.

Los hermanos Wagner han aprovechado este silencio de las fuentes históricas para interpretar a su manera los montículos de que nos ocupamos en la primera parte. Suponiéndoles —impropiamente, según queda demostrado— obra humana, infieren que labor tan enorme como la que supondría la remoción y acumulación de tantos millones de metros cúbicos de tierra, sólo puede realizarse bajo un gobierno autocrático, que obligue a todo un pueblo al trabajo a rigor de látigo. Luego han supuesto que la vasta red natural de margales, existentes entre los montículos, era una serie de canales que permitían el paso de embarcaciones sostenedoras de intenso tráfico. . . . Parece el miraje alucinado de seres al borde del desvarío. Infaustamente para los autores de tal tesis, ella no se sostiene en pie ante la comprobación geológica de que los supuestos “túmulos” son montículos naturales.

FORMAS DE ENTIERRO. — La investigación arqueológica demuestra que los chaco-santiagueños enterraban a los adultos en urnas grandes, toscas, sin decoración. Tal costumbre es, también, eminentemente amazónica. Esta clase de entierros era siempre secundaria. También se hacían inhumaciones secundarias directamente en hoyos en la tierra, así como se sepultaba a los párvulos en urnas. Aunque, como en la región diaguita, se establecieron concentraciones de este último tipo de entierro, las urnas usadas (a diferencia, ahora, con lo usual en diaguitas), fueron vasos toscos, no fabricados especialmente con una finalidad funeraria sino adaptados a tal uso y extraídos de la cerámica común. Tampoco se los cubrió con pucos trabajados y decorados, al modo diaguita; cualquier trozo de vasija, sirvió de tapa, ajustando su lado convexo al orificio de la urna improvisada, a la cual —a veces— hubo necesidad de desportillar para facilitar su empleo.

Las inhumaciones secundarias de adultos se verifican sobre el dorso de los montículos; las que se operan en otros lugares son raras y siempre se hacen en urnas que parecen construídas a tal efecto: grandes, globulosas, de fondo cónico, con boca relativamente pequeña y recubiertas por un gran puco invertido; las piezas del material antropológico se encuentran mezcladas en desorden, en su interior, junto con fragmentos de alfarería, restos óseos de comida y carbones.

En las inhumaciones directas los esqueletos aparecen orientados de este a oeste, y en dos posturas muy diferentes: a) en decúbito lateral derecho o izquierdo, con el cráneo al este, las piernas al oeste y la cara al norte o al sur; las piernas extendidas o en flexión forzada, que permite suponer el uso de ligaduras; b) semi-incorporados, con el occipucio, la cerviz y la parte superior del dorso al este, la cara al oeste, las piernas en cuclillas y los brazos abiertos, afirmando los codos, como si el inhumado hubiera querido incorporarse.

SIPNOSIS FINAL. — Tal conjunto de prácticas diferentes permite inferir, con Frenguelli, la existencia de una población heterogénea, constituida por elementos étnicos de origen diferente. Los ríos Dulce y Salado debieron ser, como se dijo al comienzo, caminos de tránsito por el interior de este territorio étnico. El conjunto del patrimonio arqueológico es, según se ha visto, de procedencia andina, pero hay infiltraciones amazónicas, como el traje de plumas, las flechas envenenadas, el entierro de adultos en urnas. Otro camino de penetración está formado por las largas series de esteros, cañadas, marjales y bajíos anegadizos, que especialmente en el estío bajan desde el norte del Chaco. Es posible que por allí hayan penetrado, también, algunos elementos culturales. Pero, si acaso así ocurrió, este último aporte es mucho menos individualizable. Lo nítido es el sólido bloque cultural andino, sobre el que se insertan los antes dichos elementos amazónicos. Es, simplemente, una de las tantas culturas de borde de la gran familia andina, como lo son los diaguitas o los omaguacas. Su antigüedad no es mayor que la de aquéllos. Su territorio es menor que el de los primeros.

El "Imperio de las llanuras", pues, no existe. Es el resultado de dos imaginaciones exacerbadas, al conjuro de un gran amor por lo encontrado y al amparo de una falta de crítica poco envidiable. Los antecedentes y puntos de contacto de esa cultura aborígen no están en Egipto, ni en Micenas, ni en Troya, como absurdamente lo pretenden los Wagner. Están en Catamarca... Que este error de interpretación, fundamental, nos ponga en guardia contra la posibilidad de *gaffes* semejantes...

FERNANDO MÁRQUEZ MIRANDA.